

Atenea

HEMEROTECA
CONSULTA EN SALA

Revista Trimestral de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXV

Enero - Febrero - Marzo 1958

N.º 379

Puntos de vista

Política y Literatura

*A*UNQUE son dos términos que en su significación intrínseca nada tienen de común, en el mundo de los hechos cotidianos se aproximan, con un contacto de parentesco inmediato, en quienes se dedican a la política y a la literatura. Y no sólo en su acepción estas dos palabras se diferencian fundamentalmente, sino, sobre todo, en su ejercicio, puesto que políticos y literatos actúan en órbitas muy distintas, se mueven en planos diversos y su práctica requiere condiciones especialísimas y, en cierto modo, opuestas.

A partir del "siglo de las luces" —aun antes, en los regímenes absolutos— los escritores han sido políticos y viceversa. Pero es en la centuria pasada cuando el escritor —poeta, novelista, historiador, filósofo, ensayista— se introduce en el campo de la política como si fuera heredado de su pertenencia.

En Francia los ejemplos son numerosos: Lamartine, Chateaubriand, Víctor Hugo, para sólo mencionar figuras cumbres de las letras galas. En Inglaterra los

casos más representativos son los de Gladstone y sobre todo Disraeli. En España se dan también nombres de escritores consagrados que no se desentendieron del vivir político, si bien su paso por ella fue fugaz. Pérez Galdós y Núñez de Arce, entre otros. En Chile, en el siglo XIX, el hecho de ser escritor imponía, hasta cierto punto, la obligación de actuar en política. Casi todas las grandes figuras de nuestra literatura de ese siglo brillaron también en la política: Lastarria, Vicuña Mackenna, los hermanos Amunátegui. La República Española fue pródiga en escritores de relevante jerarquía que desempeñaron cargos importantes, inclusive de gran responsabilidad, en el gobierno o destacaron en el parlamento. Diputados a las Cortes Constituyentes fueron Unamuno, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón, Madariaga. El caso más singular fue el de Manuel Azaña, en la vanguardia de la política como Ministro de Defensa, Primer Ministro y Presidente de la República, después de haberlo sido del Ateneo de Madrid, donde se reveló como ensayista, crítico y orador de ricas facetas literarias. Tampoco debemos olvidar a Niceto Alcalá Zamora, Presidente de la República y académico de fuste. En Francia, aun en los momentos de mayor confusión e inquietud políticas, han seguido dándose escritores de superior categoría atraídos por la vida pública. Así Herriot y Blum. Y en la Inglaterra de nuestros días, el muy comentado caso de Churchill, a quien con evidente injusticia se le concedió el Premio Nobel de Literatura, porque por muy decisiva que haya sido su ac-

tuación como Primer Ministro y orador elocuente en los años del dominio nacist, carecía de las credenciales de auténtico creador literario, ya que sus Memorias y sus libros son insuficientes títulos para el galardón consagratorio, pues carecen ellos de proyección universal en cuanto a originalidad literaria o conceptual.

¿Y qué decir de Hispanoamérica? Se sigue pensando en los países de este continente que es obligación del escritor intervenir en la política. A Rómulo Gallegos se le hizo Presidente de su patria. Buena recompensa por haber escrito DOÑA BÁRBARA. En nuestro país, en los días que corren, esporádicamente y sin relieve, hay unos pocos escritores que hacen vida política activa y militante. Con la excepción de Pablo Neruda, ningún Premio Nacional de Literatura tiene una actitud partidaria beligerante. A Eduardo Barrios, que ha sido Ministro de Estado en dos oportunidades, no se le puede considerar como político.

Si en el siglo pasado los escritores participaban de las actividades políticas como una función ineludible, hoy es cada vez menos frecuente, sin rehuir por ello una filiación determinada, especialmente en quienes hacen literatura "comprometida". Hay varias razones que justifican este alejamiento del escritor de la política activa. Se mueven, como hemos dicho, el escritor y el político, en planos diferentes. No porque se escriban magníficos versos, excelentes novelas, interesantes ensayos, han de poseerse idénticas condiciones superiores para la política. El ejemplo nos viene desde muy lejos: nada

menos que de don Alfonso el Sabio, tan gran escritor y animador de la cultura como desafortunado en las cosas de su gobierno.

El político vive atento a la realidad inmediata, enfrentado a problemas de solución rápida, impostergable. Su comportamiento tiene mucho del de la dueña de casa, preocupada de todos los menudos menesteres hogareños: aseo, alimentación, orden en las finanzas, salud y educación de los hijos, etc. El político vive, como dice Ortega y Gasset, en un mundo de acción. En cambio, el escritor, o, con un vocablo de mayor amplitud, el intelectual, vive abstraído en sus creaciones o investigaciones, con problemas de carácter abstracto. El se proyecta en la sociedad a través de sus obras literarias, científicas o filosóficas. Su mundo es, para seguir la terminología de Ortega, de contemplación. El político debe tener una formación de tipo técnico, orientada, por tanto, a la aplicación de una realidad concreta e inmediata, sin descuidar las concepciones superiores y trascendentales que miren al futuro de los pueblos.

Que el político vive atento a las cosas del momento, se comprueba por el hecho de que su figura sólo excepcionalmente se proyecta en la posteridad. En varias ocasiones preguntamos a los alumnos de los cursos superiores de un liceo si sabían quién era don X (aquí el nombre de un político de gran figuración hace algunos años, incluso varias veces precandidato a Presidente de la República), cuyo nombre lleva una de las principales ave-

nidas del barrio Providencia. Pues, nadie sabía quién había sido ese señor. En cambio, todos tenían referencias precisas de Baldomero Lillo, funcionario subalterno de la Universidad de Chile, y todos habían leído alguno de los patéticos cuentos de SUBTERRA. Ninguna persona de mediana cultura general desconoce el nombre de Dostoiewski, pero ignora al monarca que gobernaba a Rusia en el tiempo en que vivió el autor de LOS HERMANOS KARAMAZOV.

El político se acomoda a las alternativas de las circunstancias, incluso las soslaya o se subordina a ellas. El político vive inmerso en el tumulto de los acaeceres diarios, braceando en medio de corrientes encontradas, animoso de vencer. El escritor sigue el mandato de su yo íntimo, en una actitud insobornable responde al llamado de su personalidad. En el caso del creador puro, su objetivo es provocar el goce estético, exaltar la belleza con los recursos propios. Asimismo ha de ser un intérprete de la realidad ambiente o un buceador de verdades en las profundidades misteriosas de la vida. El escritor crea. El político realiza. Ahora bien, éste ha de nutrirse del saber de aquél, de sus experiencias, de sus intuiciones, de su mundo espiritual; y ha de respetarlo porque la sensibilidad del escritor permite captar hechos apenas asibles para quien está urgido por circunstancias concretas. El mensaje del escritor rebasa las fronteras de lo inmediato y se proyecta en perspectivas sin límites.

Mucho antes de que en Chile se hablara de "la cuestión social" y del amparo que debe darse al obrero en su trabajo y en su destino, Baldomero Lillo, con el patetismo de sus cuentos mineros, reveló la condición misérrima, de peligro constante para su existencia y de explotación en que vivían los jornaleros del carbón hace cincuenta años. En Rusia mucho antes que Lenin, los grandes narradores como Tolstoi, Chejov, Gorki dieron a conocer las condiciones de paria del pueblo ruso bajo el zarismo. Y si seguimos por el camino de la intuición del artista, tenemos que reconocer que antes que Freud, hizo Dostoiewski psicoanálisis; así también las novelas de Zola están estremecidas del pansexualismo freudiano. Acaso nadie como los escritores poseen una mayor capacidad para penetrar con aguda percepción en los misterios del alma o en los estratos profundos de la realidad social, para luego mostrarlos artísticamente animados con el fuego de sus potencias creadoras. Por eso la voz y la acción del político deben iluminarse con la palabra del escritor. Así como éste tampoco debe hacer abstracción de los hechos de la vida política, enclaustrarse en su mundo interior, desoir el clamor de la multitud, convivir con gentes de distintas labores, saber de su modo de existir, de sus inquietudes. No ser como Plinio, que se dedicaba a estudiar a los oradores griegos mientras las cenizas del Vesubio caían en torno suyo.

Dos mundos distintos el de la política y el de las letras, pero que se tocan tangencialmente cuando una

misma realidad se hace conciencia de que por sobre el individuo está la sociedad, de que más allá de las bellezas del arte están la angustia y las desesperanzas de quienes representan calladamente el drama de una existencia de medios precarios y sin horizontes.